

OTRA OPORTUNIDAD

28 de Febrero de 2016

Lectura del evangelio según LUCAS 13,1-9

En aquella ocasión algunos de los presentes le contaron que Pilato había mezclado la sangre de unos galileos con la de las víctimas que ofrecían.

Jesús les contestó:

- ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás, por la suerte que han sufrido? Os digo que no; y, si no os enmendáis, todos vosotros pereceréis también. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os enmendáis, todos pereceréis también.

Y añadió esta parábola:

Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Entonces dijo al viñador:

-Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. Córtala. ¿Para qué, además, va a esquilmar la tierra?

Pero el viñador le contestó:

- Señor, déjala todavía este año; entretanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol; si en adelante diera fruto..., si no, la cortas.

Ψ Ψ

La respuesta de Jesús hace pensar. Antes que nada, rechaza la creencia tradicional de que las desgracias son un castigo de Dios. Jesús no piensa en un Dios "justiciero" que va castigando a sus hijos e hijas repartiendo aquí o allá enfermedades, accidentes o desgracias, como respuesta a sus pecados.

Después, cambia la perspectiva del planteamiento. No se detiene en consideraciones teóricas sobre el origen último de las desgracias, hablando de la culpa de las víctimas o de la voluntad de Dios. Vuelve su mirada hacia los

presentes y los enfrenta consigo mismos: han de escuchar en estos acontecimientos la llamada de Dios a la conversión y al cambio de vida.



Vivimos estremecidos por la trágica guerra de Siria ¿Cómo leer esta tragedia desde la actitud de Jesús? Ciertamente, lo primero no es preguntarnos dónde está Dios, sino dónde estamos nosotros. La pregunta que puede encaminarnos hacia una conversión no es "¿por qué permite Dios esta horrible desgracia?", sino "¿cómo consentimos nosotros que tantos seres humanos vivan en la miseria, tan indefensos ante la violencia de la guerra?". Al Dios crucificado no lo encontraremos pidiéndole cuentas a una divinidad lejana, sino identificándonos con las víctimas. No lo descubriremos protestando de su indiferencia o negando su existencia, sino colaborando de mil formas para mitigar el dolor de los refugiados. Entonces, tal vez, intuiremos entre luces y sombras que Dios está en las víctimas, defendiendo su dignidad eterna, y en los que luchan contra el mal, dándoles aliento.

EN EL MISMO BARCO

Frecuentemente, al tratar de justificar unas medidas y recortes económicos, que a nadie gustan, los políticos suelen apelar a la responsabilidad de los ciudadanos, razonando que todos vamos en el mismo barco. Y aunque es verdad que todos estamos embarcados en la misma crisis, ya no está tan claro eso de que vayamos todos en el mismo barco. Hay algunos que disponen de impresionantes yates con toda clase de lujos, otros muchos se han instalado en el transatlántico de las instituciones políticas y financieras y viajan rodeados de todas las comodidades, mientras que la gran mayoría de trabajadores, pequeños artesanos y comerciantes solo disponen de enormes barcas que hay que mover a remo con grandes esfuerzos y apuros para poder llegar a puerto a final de mes. Y hay muchos, cada vez más, que se amontonan en pequeñas pateras y avanzan al viento de la buena voluntad de organizaciones benéficas, siempre a punto de naufragar antes de llegar a buen puerto.

HOMBRES A QUIEN AMAR

No habites esta tierra
como un mero inquilino,
o como el que por una temporada
se va a vivir al campo.
Confía en las semillas,
en la tierra, en el mar;
pero, ante todo, confía en el hombre.
Ama a la nube, a la máquina, al libro;
pero, ante todo, ama al hombre.
Duélete con la rama que se seca,
con el planeta que se apaga,
con el animal herido;
pero, ante todo,
combate las penas del hombre,
pero que sea el hombre el que,
ante todo te colme alegría.



iDanos, Señor, otra oportunidad!,

otra posibilidad de convertirnos, otra ocasión de empezar de nuevo.
Ya sé que hay días en que tienes motivos para desesperar de nuestra tierra.
Hace ya veinte siglos que tu Palabra se hizo carne:
iveinte siglos en los que no has dejado de gritarnos:
«Convertíos y creed la Buena Noticia»!

Y nosotros seguimos agrediéndonos y haciéndonos sufrir; mutuamente,
inventando armas cada vez más perfectas para matarnos unos a otros,
explotando las riquezas de la tierra sin ser capaces de compartirlas,
dejando que millones de seres humanos mueran de hambre, ignorando la
soledad de nuestro vecino...

